

Antonio Llorente y los saberes lingüísticos

FÉLIX MONGE CASAO
Universidad de Zaragoza

Me ha correspondido glosar la figura de Antonio Llorente como excelente colega, amigo y científico. Y lo hago con gusto, porque sólo podré hablar bien de él. Y con dolor, ante su obligada ausencia. Suele decirse que no debemos hablar mal de los muertos. En el caso de Antonio Llorente Maldonado de Guevara debo decir que no podría hablar mal de él sin mentir. Como persona era excelente: bueno, generoso, simpático y siempre dispuesto a ayudar. A su familia, por supuesto: fue ejemplar esposo y padre. Pero también a sus amigos y, ¡cómo no!, a sus discípulos. Fue escrupuloso cumplidor de su deber como docente y como investigador. Y un catedrático ilustre de la Universidad española. Y, ayudado por una memoria excelente, sabía mucho: no sólo estaba informado de la marcha de la ciencia, sino también de mil y mil detalles de la cultura popular de las zonas dialectales por las que se interesó (¡que quiere decir la mayoría de las hispánicas!).

No publicó en exceso, pero lo que publicó es de calidad excelente. Lo cual tiene mérito, habida cuenta de la diversidad y amplitud de sus intereses. Su primer trabajo de envergadura fue la tesis de doctorado: *Estudios sobre el habla de La Ribera* (1947). En aquellos años (¡los años 40 y 50!) se publicaron varios libros de título semejante a éste. Dámaso Alonso había recomendado a los jóvenes, a poco de terminada nuestra terrible guerra civil, que se animasen a hacer este tipo de trabajos. Y el libro de Llorente es, desde luego, una de las mejores monografías del género.

Pero claro que a Llorente el interés por las cuestiones humanísticas le venía de lejos (casi podría decir que le venía de casta). Un

tío-abuelo suyo, Luis Maldonado, había publicado años antes un estupendo librito de cuentos charros. Y un tío suyo (¡ya no tío-abuelo!), D. Francisco Maldonado (a quien llegué a conocer y a admirar), fue catedrático de Literatura Española en la Universidad entonces llamada Central, y hoy Complutense, de Madrid. Fue hombre de muchos saberes y un estupendo conocedor de la cultura alemana. De su obra, recuerdo con especial cariño el folleto *La maiestas cesárea en El Quijote*, que fue para mí una revelación. Y claro que el primer apellido del tío (Maldonado) era el segundo del sobrino (Maldonado de Guevara). Y la mayor parte de Vds. sabe que Maldonado era el nombre de uno de los Comuneros del siglo XVI que se opusieron a Carlos V. Hoy sabemos que la línea que va del Maldonado comunero del siglo XVI a los Maldonado actuales (me refiero específicamente a la rama de nuestro homenajeado) es ininterrumpida.

Como he señalado antes, lo sabía todo de la cultura popular de Salamanca y de su amplio entorno; y cuando digo todo pienso específicamente en la línea de «Palabras y cosas» (de tan fecundo cultivo en Alemania, donde contó con una revista, *Wörter und Sachen*, de reconocido prestigio), línea que hoy sigue viva, al menos en España, y me atrevo a decir que en Aragón y por aragoneses, incluso aficionados no profesionales. Basta con que piensen en la edición de las poesías en cheso de Veremundo Méndez Coarasa, editadas y prologadas por Tomás Buesa e ilustradas por Julio Alvar. En ello le ayudaba su extraordinaria memoria que, por ejemplo, le permitía recitar de corrido las estaciones de ferrocarril de líneas enteras (me ha hecho exhibiciones de tal capacidad).

Sería muy injusto olvidar la presencia a su lado de su encantadora mujer, Charo, esposa y madre ejemplar, y de una simpatía arrolladora. No me extenderé en hablar de ella, aunque bien lo merece, como compañera fidelísima, y también, como el marido, de una gran bondad y llena de gracia.

Antonio Llorente llegó a Granada a su primera cátedra aún soltero, y se fue a vivir a un Colegio Mayor. En él coincidió con un catedrático de Historia, también recién llegado y también soltero, pero mucho menos fuerte que él (Llorente era chaparro, casi cuadrado, y muy fuerte físicamente). Así que allá se iban, el filólogo y el historiador, a beber vino y comer tapas en la segunda parte de la tarde (y parece que hacían un gran consumo). Y cuando Llorente consideraba que ya habían comido bastantes tapas, dictaminaba: «Ya hemos cena-

do. Ahora, ¡coñac!». Y se cumplía la orden. Pero claro que el historiador era, de los dos, el que peor soportaba el régimen brutal, que por otra parte se interrumpió al llegar a Granada Manuel Alvar y la mujer de Llorente. Y fue entonces cuando Llorente trabajó de verdad en el *Atlas Lingüístico de Andalucía*, que dirigía Alvar.

Pero no crean Vds. que Llorente dejó a partir de entonces el vino (el coñac, sí). Lo que hacía era beber menos, y sobre todo, únicamente vino. En Granada, durante muchos años, pasaba cada día horas en una taberna próxima a su casa, llamada *La Sabanilla*. Era su verdadero despacho para recibir estudiantes. De ahí que cuando alguien llamaba a su casa preguntando por él, contestaba alguna de sus hijas que su papá no estaba en casa, que estaba bebiendo vino en *La Sabanilla*. Esto puede dar idea que que nada había en Antonio Llorente ni en el ambiente de su casa que sonara a solemne o rebuscado. Pero, por favor, no piensen Vds. que era un alcohólico. Aparte de cumplir escrupulosamente con su horario docente y de presencia en la Facultad, trabajaba que se las pelaba. Las pruebas, sus excelentes publicaciones, que abarcan, por cierto, ámbitos muy diversos.

Ya he citado el primero de sus libros (*Estudios sobre el habla de La Ribera*, Salamanca, 1947). Se inscriben también en la Dialectología «Fonética y fonología andaluzas» (*RFE*, XLV, 1965, pp. 227-240) o «Algunas características lingüísticas de La Rioja» (*RFE*, XLVIII, 1965, pp. 321-350). Al ámbito de la Toponimia corresponden, para poner sólo algunos ejemplos, *Toponimia e historia*, lección inaugural del curso académico 1969-1970 de la Universidad de Granada, verdadera y magistral prueba de la capacidad de Llorente para enfrentarse a problemas teóricos; y de alcance más concreto, pero no menos magistral, «Esquema toponímico de la provincia de Salamanca: topónimos latinos de romanización» (*Homenaje a Rafael Lapesa*, II, pp. 297-306).

De alcance resueltamente teórico es su libro sobre los límites entre la Morfología y la Sintaxis, en el que se enfrenta a tan complejo asunto con perspicacia y claridad de ideas, sin que le arredre la magnitud del empeño. Y lo mismo puede decirse del ejemplar y brillante estudio, hecho en colaboración con José Mondéjar, sobre «La conjugación objetiva en español» (*REL*, IV, 1974, pp. 1-60). Es éste, quizá, el más ambicioso y representativo de la abrumadora erudición, extendida a muchas lenguas, de que hacen gala ambos autores, pues los dos —esto es seguro— participaron con empeño.

He dejado para citarlo en último lugar entre los trabajos de Llorente el espléndido «Consideraciones sobre el español actual» (AL, XVIII, 1980, pp. 5-69), quizá el que más me gusta. El autor pasa detallada revista «a una serie de fenómenos léxicos y morfosintácticos del español actual, muchos de los cuales me parecen rechazables, en mayor o menor medida». Opina aquí Llorente que la difusión geográfica del *leísmo*, del *laísmo* y del *loísmo* es muy mal conocida. No ha habido una investigación sistemática de estos fenómenos sobre el propio terreno, por lo que realmente no sabemos ni siquiera aproximadamente lo que ocurre en la lengua hablada de las distintas regiones del dominio del español. Por otra parte, lo que hasta ahora se ha dicho de estas incorrecciones se basa en los datos suministrados por los textos, datos que no son de fiar, pues más que el habla o el idiolecto de los distintos autores o el habla de las distintas regiones (cuando se trata, por ejemplo, de colecciones de cuentos populares), lo que reflejan estos datos es el habla o el idiolecto de los tipógrafos, linotipistas y correctores de pruebas. Las únicas regiones de las que tenemos datos fiables son aquellas que tienen Atlas lingüístico propio (que, como sabemos, no son muchas). Para las demás, disponemos solamente de las monografías dialectales y de los datos dispersos e imprecisos que figuran en los manuales y tratados. Y eso, aun prescindiendo del hecho de que existen diferentes clases de *leísmo* (de objeto directo de persona, de animal, de cosa, etc.), mientras que en el *laísmo* y en el *loísmo* no existen diferenciaciones. De todos estos fenómenos, los más extendidos geográficamente son el *leísmo* de objeto directo masculino de persona (admitido por la RAE) y el *laísmo*, vulgarismo flagrante, aunque sea general en el habla de Madrid. Llorente advierte que el área del *loísmo* es muy difícil de establecer, y el que sea un área discontinua parece indicar que el fenómeno es, en cada fragmento del área, de distinto origen y de diferente antigüedad. Indica también el autor que mientras el *leísmo* y el *loísmo* son comunes a todos los estratos socioculturales (¡incluso en la lengua escrita y en la literaria!), el *loísmo*, en cambio, está cargado de connotaciones peyorativas y es claramente sintomático de vulgarismo e incultura. Son razones que dificultan establecer el área o áreas del *loísmo*. En todo caso, lo que Llorente considera importante señalar con respecto al *leísmo*, al *laísmo* y al *loísmo*, es que su difusión, tanto en el eje horizontal como en el vertical, es mayor que la que tenían hace un siglo, mayor incluso que hace sólo treinta años (y no olviden que este trabajo se publicó en 1980). Y se pregunta: «¿Serán culpables de esta

mayor difusión la televisión y la radio, como algunos han pensado? ¿La causa de la propagación de estas desviaciones será la tendencia inevitable a imitar la manera de hablar de los habitantes del centro de España, sobre todo de los madrileños, ungidos por el prestigio de la capitalidad, como otros han imaginado? No lo sé, no sabría dar respuesta a semejantes preguntas, pero es un hecho la propagación de estas incorrecciones en los dos sentidos de que antes hablaba, en el eje diatópico y en el eje diastrático, una propagación acelerada y a ojos vistas». Concluye con las siguientes palabras: «Confiemos en que los andaluces, murcianos, aragoneses, hispanoamericanos y los hispanohablantes de Cataluña, Levante y Baleares resistan denodadamente, se muestren inmunes a la infección y sigan, en este aspecto concreto, hablando y escribiendo con corrección y elegancia nuestra lengua, como lo han hecho hasta ahora».

Otra de las incorrecciones que fustiga Llorente es el uso de potencial simple y compuesto en lugar del imperfecto y pluscuamperfecto de subjuntivo. Son frases del tipo *Si podría me iba al extranjero*, *Aunque me tocarían las quinielas no compraba piso*, *Ojalá llovería* y otras por el estilo. Además de en Vasconia, está comprobado su uso en gran parte de Navarra, de Santander, de Soria, en toda La Rioja, en casi toda la provincia de Burgos, en la mitad septentrional de la provincia de Valladolid, en la provincia de Palencia y en la franja oriental de León, hasta el Esla. Y sospecha el autor que el fenómeno se ha extendido ya al nordeste de la provincia de Zamora. Es decir, que el fenómeno se extiende desde el Cantábrico hasta el Duero, y desde el Esla y el Valdearaduey hasta el Moncayo. La opinión tradicional es que este fenómeno es no sólo característico del País Vasco, sino propio del español de Vasconia, donde nació y se desarrolló, irradiando después a todo el entorno geográfico y al *Hinterland* de Vasconia. Pero en 1980 Llorente no está ya tan seguro como antes del carácter antiguo del fenómeno, a pesar de que la sustitución de *amara* por *amaría* sigue ganando terreno, sobre todo hacia el sur y el oeste de la Meseta Norte. Lo que hace dudar a Llorente es que una Memoria de Licenciatura de la propia Universidad de Salamanca, realizada en el curso 1978-1979, parece probar que, al contrario de lo que podría esperarse, el fenómeno es aparentemente residual, que se da sólo en el habla de las generaciones más viejas y rústicas, mientras que es fenómeno inexistente en los jóvenes y en el habla urbana. De ser esto así, cabría preguntarse si no se trataría de un fenómeno antiguo, característico del primitivo dialecto de las merindades castellanas

más orientales, de donde habría pasado al habla romance del País Vasco y Navarra. Se trataría entonces de un fenómeno antiguo, y su conservación tendría carácter arcaizante, al contrario de la tesis tradicional, que postula su nacimiento tardío en el castellano de Vasconia y, por lo tanto, su carácter innovador. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, al final, Llorente intenta conciliar las dos hipótesis.

Les he citado sólo dos puntos, pero la lista podría ampliarse mucho, ya que Llorente se refiere a multitud de rasgos y construcciones como característicos usos incorrectos del español de hoy. Y observen Vds. (¡esto es lo que más me importa destacar!) que sus preocupaciones se extienden tanto al plano fónico como al morfológico y al sintáctico, tanto a la descripción como a la historia, es decir, de lo más concreto a lo más abstracto, más aún, de lo que puede considerarse ya asentado a lo que es todavía fluencia. Si a esto se une la información precisa y detallada que en todas las cosas muestra, la erudición, que casi siempre rebasa con generosidad los marcos exigibles, la agudeza, que brilla generosamente en cada página, tendrán Vds. delante la figura de un filólogo de veras sapientísimo y muy laborioso e inteligente. Añadan Vds. los rasgos humanos a que antes me he referido, y obtendrán una figura científica y humana de veras atractiva.

Descanse en paz, y que su ejemplo nos sirva de guía.